«MORIR DE HAMBRE». AUTARQUÍA, ESCASEZ Y ENFERMEDAD EN LA ESPAÑA DEL PRIMER FRANQUISMO*

Miguel Ángel del Arco Blanco

«Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado con todos [...]; y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos, que no hay cosa que más fatigue el corazón de los pobres que el hambre y la carestía»

Carta de D. Quijote a Sancho Panza, II, L.

INTRODUCCIÓN

La década de los cuarenta, con la guerra civil, es uno de los momentos más comprometidos y difíciles para la sociedad española de todo el siglo XX. No sólo por ser una sociedad dividida, marcada por la dramática brecha del conflicto bélico, el exilio y la represión; también por la situación de miseria en que vivió sumida gran parte de la población.

Los largos años cuarenta han quedado grabados en la memoria colectiva como momentos de escasez, de penuria y, en definitiva, de miseria generalizada. Pero, ¿hasta qué extremos llegó la tragedia? Es cierto que la documentación oficial franquista nos daría noticias de esta triste España; a la vista de la desastrosa situación, era imposible no hacerlo. Pero aún así, ¿podemos conceder plena credibilidad a lo que un régimen dictatorial decía de su propia gestión? Pensamos que no.

* Este artículo hubiera sido imposible sin los investigadores del Cañada Blanch Centre de la London School of Economics and Political Science de Londres, que posibilitaron mi estancia en dicho centro. Mi agradecimiento a los profesores Sebastián Balfour y Paul Preston; también a Alejandro Quiroga y Gerald Blaney. Los consejos de Miguel Gómez Oliver contribuyeron a la redacción final.

Con el fin de ofrecer fotografías más precisas y espontáneas de la gris España de posguerra, hemos recurrido a una fuente alternativa: la documentación de la diplomacia británica en España durante los años cuarenta. Realizamos una labor de investigación en la sección del *Foreign Office* de los *National Archives* (Kew, Londres, Reino Unido). Manejamos los informes de la embajada en Madrid, pero también las notas, telegramas, oficios o memorias de los consulados y viceconsulados británicos de España.

Son años vitales para la diplomacia inglesa. La II Guerra Mundial y la posible entrada de España en la misma motivan su interés por el régimen de Franco y por lo relacionado con nuestro país. Prestan especial atención a la situación socioeconómica, dado que comprenden que es una pieza fundamental de cara a la participación de España junto a las potencias del Eje. A nuestro juicio, la objetividad de las fuentes diplomáticas británicas estarían, desde luego, mucho más acordes con la realidad que la ofrecida por la documentación franquista. No tendría sentido que una burocracia altamente profesionalizada y destacada como la británica describiese a su propio Gobierno la realidad de forma deformada, máxime en un contexto bélico internacional.

Pretendemos analizar la realidad socioeconómica del primer franquismo a través de una lente más transparente. Comenzaremos caracterizando y analizando la política económica autárquica, causa principal del tremendo estancamiento económico español. Posteriormente ahondaremos en dos aspectos de las trágicas condiciones de vida: el hambre y las enfermedades. Descubriremos, a través de testimonios fiables y con una plasticidad sobrecogedora, que la situación que vivieron las clases más humildes fue más extrema de lo que hemos pensado hasta ahora.

1. LA CAUSA DEL DESASTRE: LA POLÍTICA AUTÁRQUICA

Desde la muerte del general Franco la historiografía ha acabado con muchos, no todos, de los mitos levantados por el régimen franquista. Uno de los más destacados ha sido las causas de la larga posguerra, uno de los momentos económicos más críticos de la Historia de España. Un nutrido número de historiadores ha demostrado que la principal causa de la situación socioeconómica fue la política económica del régimen: la autarquía[1].

1. Entre otros: BARCIELA, Carlos, «Los costes del franquismo en el sector agrario: la ruptura del proceso de transformaciones», en GARRABOU, Ramón; BARCIELA, Carlos; y JIMÉNEZ BLANCO, José Ignacio, *Historia agraria de la España Contemporánea,* vol. 3, Barcelona, 1986; BARCIELA, Carlos, «La España del estraperlo», en GARCÍA DELGADO, Jose Luis, *El primer franquismo. España durante la Segunda Guerra Mundial,* Madrid, 1989; BARCIELA, Carlos y LÓPEZ ORTIZ, M.ª Inmaculada, «El fracaso de la política agraria del primer franquismo, 1939-1959. Veinte años perdidos para la agricultura española», en BARCIELA, Carlos (ed.), *Autarquía y mercado negro. El fracaso económico del primer franquismo, 1939-1959,* Barcelona, 2003; CARRERAS, Albert, «La producción industrial española, 1842-1981: construcción de un índice anual», en *Revista de Historia Económica,* año II, n.º 1 (1984); COMÍN, Francisco y MARTÍN ACEÑA, Pablo, «La política autárquica y el INI», en SÁNCHEZ RECIO, Glicerio y TASCÓN, Julio (eds.), *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957,* Barcelona, 2003.

El modelo económico autárquico aspiraba al autoabastecimiento del país, a través de la sustitución de importaciones por la producción nacional logrando así una balanza de pagos favorable; con estos capitales y con el fomento directo de la economía por parte del Estado, el fin último no era sólo la independencia económica, sino la industrialización de la nación. Sin embargo, la política autárquica fue un absoluto fracaso, y el régimen no comenzó a liberalizar tímidamente su política económica hasta comienzos de los años cincuenta.

El franquismo siempre recurrió a dos explicaciones para justificar como algo inevitable la adopción de la política económica autárquica: la II Guerra Mundial y las consecuencias de la Guerra Civil. Sin embargo, la autarquía no fue la única alternativa ante la cerrazón de los mercados internacionales durante la II Guerra Mundial, e incluso al posicionarse España con las potencias del Eje no sacó partido de la neutralidad, malogrando una oportunidad para el desarrollo industrial español[2]. Además, las destrucciones de la guerra civil fueron más limitadas de lo que reconocería el régimen, no pudiendo explicar en ningún caso, por sí solas, la negativa evolución económica de años anteriores[3].

En definitiva, ha quedado demostrado que la irracional política económica autárquica fue la principal responsable del estancamiento económico y de la larga crisis de subsistencia. Algún historiador ha ido aún más allá, afirmando que la autarquía económica formó parte de los planes del régimen para controlar y someter a la población[4].

En las fuentes diplomáticas del *Public Record Office* quedan reflejados los perniciosos efectos de la política autárquica. Reproduce, quizá de forma más esperpéntica, las típicas imágenes consecuencia de la aplicación de la política económica: desabastecimiento, hambre, desnutrición, precios exorbitantes, racionamiento, largas colas y, por supuesto, estraperlo y corrupción.

A finales de 1939 desde el consulado de Málaga se informaba que productos como el arroz, harina, azúcar u otros alimentos básicos eran imposibles de obtener; las patatas y la carne habían «desaparecido de los mercados»; y los precios se habían incrementado de forma exponencial. Y por supuesto, las colas: la escasez de pan era la «principal preocupación» de las multitudes que dependían de él para sobrevivir, y por ello formaban «colas esperando toda la noche a las puertas de las panaderías»[5].

Pero la autarquía dibujó un mundo de contrastes. Mientras que amplias clases humildes estuvieron sometidas a los avatares de la perenne escasez de los años cuarenta, unos pocos nadaron en la abundancia. En 1940 un ingeniero de minas inglés se hospedó por unos días en el cortijo de un gran propietario almeriense de la zona del Cabo de Gata. Aquí está su testimonio: «mientras

2. CATALAN, Jordi, *La economía española y la II Guerra Mundial*, Barcelona, Ariel, 1995, p. 281.
3. BARCIELA, Carlos; LÓPEZ, M.ª Inmaculada; MELGAREJO Joaquín y MIRANDA José Antonio, *La España de Franco (1939-1975). Economía*, Madrid, 2001, p. 20.
4. RICHARDS, Michael, *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco, 1936-1945*, Barcelona, 1999, pp. 22-23.
5. *Public Record Office* (PRO), Foreign Office (FO) 371/24507, pp. 319-320. Informe 22-12-1939.

que estuvimos en la casa de Pepe, había abundancia de todo, pero me pregunto a qué precio. En los pueblos hay gente que no ha comido pan desde hace tres meses, mientras alguna gente tiene tanto dinero como para comprar coches y disfrutar de cualquier diversión que les apetezca»[6].

Contrastes y paradojas de un modelo económico subordinado a la política. Mientras que el pueblo se moría de hambre y se le pedía un sacrificio por la autosuficiencia que garantizaría el engrandecimiento de la nación, se exportaban productos agrarios a la Alemania nazi en pago por su ayuda en la Guerra Civil. El embajador Yecklan informaba de ello a lord Halifax el 1 de julio de 1940. Y no dejaba de mostrar su sorpresa: aunque «las perspectivas de alimentos para el invierno parecían siniestras», «la totalidad de la cosecha de patatas de la zona de Valencia habían sido enviadas a Alemania y ahora estaban siendo enviadas también a Francia. Tomates y frutas en grandes cantidades estaban también en camino». Así, la contribución de España a la causa alemana podía significar «casi la inanición de su pueblo»[7].

La falta de combustible fue una constante en estos años. Paradójicamente, un sistema económico que aspiraba a la industrialización del país, convivía con escenas como las de las calles de Barcelona, donde en octubre de 1940 no circulaban «coches en las calles»[8]. Algo que no ocurría en Málaga, donde aunque la carencia de gasolina y su excesivo coste hacía imposible que los propietarios privados usasen sus coches, circulaban «gran número de coches conducidos por funcionarios o miembros de sus familias»[9]. El favoritismo y el privilegio también fueron una característica de la política económica autárquica.

Las capas más bajas vivían al borde de la subsistencia. El racionamiento era insuficiente, los productos más básicos escaseaban o estaban sometidos al mercado negro. El Gobierno era incapaz de alimentar a la población mediante su política de abastecimientos. En teoría, intervenía y hacía entregar la mayor parte de la producción agrícola, la almacenaba y la repartía entre el pueblo. En la práctica, no sólo se incurrió en el favoritismo hacia algunos sectores de la población sino que, en muchas ocasiones fue incapaz de distribuir los alimentos porque, o bien desaparecían y pasaban al mercado negro o, sencillamente, no estaban en condiciones para ser consumidos. Veamos algunas muestras.

El personal político y la burocracia franquista jugaron un papel principal en la introducción de grandes cantidades de productos en el mercado negro. Lo descubrimos una y otra vez. Desde pequeños almacenistas, a funcionarios del Servicio Nacional del Trigo, de la Comisaría General de Abastecimientos y Transportes, agentes del orden público y... gobernadores civiles. En junio de 1945 se informaba desde Mallorca del cese de Manuel Veglison Jornet, que causó «mucho interés, indignación y comentarios». Junto a dos funcionarios de la Comisaría General de Abastecimientos y Transportes indujeron al Ministe-

6. PRO/FO371/24507, pp. 17-20.
7. PRO/FO371/24508, pp. 87-89.
8. PRO/FO371/24509, pp. 1-11. Informe 29-10-1940.
9. PRO/FO371/24508, pp. 256-265, 1940.

rio de Comercio a «suministrar grandes cantidades de azúcar para una fábrica ficticia de leche condensada, y procedieron a vender el azúcar en el mercado negro». Pese a que el régimen había intervenido debido a incesantes denuncias, no lo hizo por igual: los dos funcionarios estaban en prisión, pero Veglison había dejado la isla «como hombre libre»[10].

La gestión del abastecimiento revelaba también la incapacidad del sistema y de quien lo gestionaba. En 1940 nada menos que 50.000 toneladas de arroz y una considerable cantidad de bacalao fueron lanzadas al mar en Málaga debido a su avanzado estado de descomposición[11]. Mientras, el «Nuevo Estado» hacía soñar a unos hambrientos españoles con tiempos mejores y con almacenes repletos de trigo, harina o aceite.

El personal político y burocrático del régimen tuvo una responsabilidad principal no ya en el fracaso de la política económica autárquica (que, de partida, estaba condenada al fracaso), sino en continuar aplicándola durante más de una década. No sólo gran parte de él fue ineficaz y corrupto sino que, debido a intereses de lucro personal, a la posición de privilegio que ostentaban o, simplemente, dado que su carrera profesional dependía de la pervivencia de un organismo de intervención, continuaron apoyando y presionando para proseguir con una política intervencionista, irracional y, sobre todo, tremendamente injusta[12].

El inteligente embajador inglés sir Samuel Hoare descubriría la irracionalidad del sistema económico en tempranas fechas. En octubre de 1941 culpaba de la situación a «los ridículos, incluso criminales, errores cometidos por los ignorantes administradores» del régimen. Contemplaba la escasez como algo forzado, y veía el estraperlo como un fenómeno económicamente racional:

> «El precio por el que un ganadero debe vender su leche es de 1,90 pesetas el litro. Cuando el comerciante ha pagado el coste del transporte por traer la leche, por ejemplo, a Madrid, debe vender esa leche a algo más de 2 pesetas por litro para tener una legítima ganancia. Sin embargo, el precio oficial al que debe ser vendida la leche en Madrid es de 1,10 pesetas por litro. Entonces, ¿cómo puede ser vendida leche en Madrid? La respuesta es que es vendida en contrabando [estraperlo] al mayor precio posible o es aguada tanto que un litro pueda ser vendido a 1,10 pesetas»[13].

La España de los años cuarenta roza el esperpento. Lo paradójico, si no fuese por los sufrimientos y muertes de gran parte de la población, tendría tintes de cómico. En 1943 en Santillana del Mar (Cantabria), «*donde hay más vacas que habitantes* (5.800 vacas y 5.000 seres humanos), y donde camiones cargados de leche marchan diariamente a las fábricas, *es imposible comprar un vaso de leche* en

10. PRO/FO214/58. Informe de marzo de 1945.
11. PRO/FO371/24508, pp. 256-265. Informe 6-12-1940.
12. Sobre corrupción del personal y sus presiones para la continuación de la política agraria, ver: BARCIELA, Carlos, «Franquismo y corrupción económica», en *Historia Social*, n.º 30 (1998), pp. 83-96; y del mismo autor: «El *lobby* agrario en la España franquista», en SÁNCHEZ RECIO, Glicerio y TASCÓN Julio, *Los empresarios...*, pp. 111-120.
13. PRO/FO371/26899, pp. 16-19.

ninguna tienda o posada». Pero el absurdo, como en la literatura, estaba cercano a la existencia, a la muerte: al mismo tiempo, «los trabajadores agrícolas estaban muriéndose de hambre, mientras todas sus cosechas son tomadas por las autoridades tan pronto como están listas»[14].

Tras pasar unos días en Madrid, un empresario inglés informaba al Foreign Office. Ante la crítica situación que contempló, concluía que el régimen «está más preocupado de imponer sus propias teorías económicas sobre la población que alimentarla, y más interesado en la política internacional [...] que en atender las abrumadoras necesidades de reconstrucción dentro del país»[15].

Y así sería durante largo tiempo. Los primeros síntomas de liberalización económica comenzarían a partir de 1951 y, de forma decidida, con el Gobierno de 1957 y el Plan de Estabilización Económica de 1959. Sin embargo, el régimen franquista lo intentó hasta el final. En 1950 España negociaba de forma desesperada la importación de grandes cantidades de trigo con otros países. Tanto que, no sólo tenía conversaciones con Pakistán, sino que existían intermediarios en El Cairo y Teherán para negociar la compra de trigo a la Unión Soviética[16]. Al final el modelo económico autárquico, o mejor, los «intereses creados» de los grupos de presión[17], estuvieron por encima del ideario político[18].

2. HAMBRE

El estudio de las condiciones de vida de los españoles durante el primer franquismo ha preocupado a la historiografía. Diversos historiadores se han interesado por el análisis de estos trágicos años, ahondando en las verdaderas condiciones económico-sociales que atenazaron a la mayoría de los españoles, y que un tardofranquismo económicamente triunfante había querido borrar de la Historia.

El abastecimiento no fue eficiente. El racionamiento resultó insuficiente para garantizar las necesidades mínimas de la población, donde el pan era «negro y escaso» y llegaba de forma desigual a vencedores o vencidos. Condiciones higiénico-sanitarias muy deficientes dieron lugar a un incremento de la mortalidad, sobre todo infantil. El déficit de viviendas y su estado lamentable se convirtió en un verdadero problema nacional. El nivel productivo de la agricultura española tardó tiempo en alcanzar los niveles de preguerra. Apareció el

14. PRO/FO371/34788, pp. 66-68. Informe Creswell tras su visita a Santander, 20-7-1943.
15. PRO/FO371/26891, pp. 99-103, 1941.
16. PRO/FO371/89583, Informe confidencial de 1950. España compraría cereales a la URSS a cambio de aceite de oliva y wolframio. El intercambio no llegó a realizarse. Por telegrama desde El Cairo con fecha de 21 de marzo de 1950, sir Ronald Campbell comunicaba que su «contacto» le había informado de que «finalmente ha decidido no ofrecer trigo ruso a los españoles (aunque ellos estarían muy dispuestos a aceptarlo), ya que temía que estas transacciones con la URSS le pudiesen traer complicaciones en el futuro».
17. MORENO FONSERET, Roque, «El régimen y la sociedad. Grupos de presión y concreción de intereses», en *Ayer*, n.° 33, (1999), pp. 87-113.
18. EIROA, Matilde, *Las relaciones de Franco con Europa Centro-Oriental (1939-1955)*, Barcelona, 2001, p. 163.

estraperlo y sus precios inalcanzables para las clases populares. El control de los salarios por el régimen trajo consigo una reducción de los salarios reales y, en definitiva, el empobrecimiento de la mayoría. Esta situación o el destacado número de parados no fue un problema para un Estado paternalista que intervino férreamente en las relaciones laborales y en el control social, anulando toda forma de protesta social[19]. En efecto, el triste paisaje cotidiano de la España de los años cuarenta estuvo tamizado por las más variadas formas de represión, por una violencia institucionalizada y una coacción cotidiana[20].

El análisis de la pobreza y de las clases sociales menos favorecidas plantea problemas metodológicos. Es difícil cuantificar y calificar a la pobreza, puesto que nos falta lo fundamental: «la voz escrita de sus protagonistas». Así, en la mayoría de las ocasiones las investigaciones recurren a lo que dicen de ellas categorías sociales alejadas de su realidad o incluso confrontadas con el objeto de análisis. El franquismo puede ser un buen ejemplo de ello donde, como en todas las fuentes oficiales, además encontraremos un desfase entre las cifras oficiales y reales[21]. Sin embargo, si utilizamos la documentación británica salvamos algunos de estos escollos, no todos, y obtendremos una información más transparente y objetiva.

¿Cómo vio el personal diplomático británico esta España desoladora? Sin estar sometidos a la censura y parcialidad de la documentación franquista, informaron al Foreign Office sobre la penosa España que existía fuera de los muros de embajadas y consulados.

Sin duda, las dificultades económicas de los españoles durante los años cuarenta y, en definitiva, el hambre, será el asunto que más preocupe –y sor-

19. MOLINERO, Carme e YSÀS Pere, «El malestar popular por las condiciones de vida. ¿Un problema político para el régimen franquista?», *Ayer*, n.º 52 (2003) pp. 255-280; MOLINERO, Carme e YSÀS, Pere, *Patria, Justicia y Pan. Nivell de vida i condicions de treball a Catalunya, 1939-1951*, Barcelona, 1985; ORTEGA LÓPEZ, Teresa M.ª, *Del silencio a la protesta. Explotación, pobreza y conflictividad en una provincia andaluza, Granada 1936-1977*, Granada, 2003, pp. 63-94; SERRALLONGA, Joan, «Subordinación, abastos y mortalidad. La Montaña catalana, 1939-1945», *Historia Social*, n.º 34 (1999), pp. 45-66; GINARD i FERÓN, David, «Las condiciones de vida durante el primer franquismo. El caso de las Islas Baleares», *Hispania*, n.º 212 (2002), pp. 1099-1128; COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa, «Hambre, desempleo y emigración. Las consecuencias sociales de la política agraria autárquica en Andalucía oriental, 1939-1975», *Hispania*, LXIV/3 (2004), pp. 1079-1112; REHER, David S., «Perfiles demográficos en España, 1940-1960», en BARCIELA, Carlos (ed.), *Autarquía y mercado negro...*, pp. 11-18; BARCIELA, Carlos y LÓPEZ, M.ª Inmaculada, «El fracaso de la política agraria del primer franquismo, 1939-1959», en BARCIELA, Carlos (ed.) *Autarquía y mercado negro...*, pp. 55-93; BABIANO, José, «¿Un aparato fundamental para el control de la mano de obra? (reconsideraciones sobre el sindicato vertical franquista)», *Historia Social*, n.º 30 (1998), p. 38.

20. CASANOVA, Julián; ESPINOSA, Francisco; MIR, Conxita y MORENO, Francisco, *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, Barcelona, 2002; CENARRO, Ángela, «Muerte y subordinación en la España franquista: el imperio de la violencia como base del «Nuevo Estado», *Historia Social*, n.º 30 (1998), pp. 5-22; MIR, Conxita, *Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra*, Lérida, 2000.

21. MAZA, Elena, *Pobreza y beneficencia en la España contemporánea (1808-1936)*, Barcelona, 1999, pp. 14-15.

prenda– al personal británico. Dibujan una situación aún más catastrófica de lo que comúnmente la historiografía del franquismo ha reflejado[22].

Los informes no dejan de reflejar la carencia absoluta de alimentos. El embajador inglés informaba desde San Sebastián en agosto de 1939 que la situación era cada día peor, siendo imposible obtener harina, arroz o patatas, mientras que el azúcar y la carne eran escasos y sólo se podía obtener pan una vez cada cinco días[23].

Por ese tiempo un industrial vinícola de Jerez de la Frontera (Cádiz) definía la cuestión alimentaria como «muy seria», tanto que les afectaba incluso a las clases acomodadas: «si nosotros estamos continuamente hambrientos, puede imaginar cómo lo deben estar los obreros»[24].

La población española estaba, literalmente, muriendo de hambre. Pero el descontento se extendía. Alan Hillgarth, comandante de la Royal Navy informaba de ello en noviembre de 1939: «el descontento se está extendiendo por todas partes. La falta de comida, su coste cuando está disponible y la mala distribución de los alimentos disponibles están colocando a la gente en un estado cercano a la desesperación. *Un cuarto de la población de España está prácticamente muriéndose de hambre*» (la cursiva es nuestra). La situación era límite; tanto que se auguraban disturbios en las grandes ciudades si la situación no cambiaba[25]. Informes de este tipo se repetirán constantemente: empezamos a encontrar otro motivo además del político para el empleo indiscriminado de la represión por parte del régimen. Los estómagos hambrientos y desesperados serían tranquilizados con el miedo y el terror.

Mientras tanto, las reacciones desde la cúpula del «Nuevo Estado» eran variadas. Serrano Súñer inauguraba la tradición del régimen para justificar la escasez, achacándola a «la criminal prolongación de la guerra por parte de los «rojos»» y a las destrucciones de la contienda[26].

El propio general Franco no aceptaba ni esa justificación. Debatiendo sobre la situación económica durante un Consejo de ministros, afirmó que «las cosas no pueden estar tan mal desde el momento en que a todos los sitios a los que voy se me ofrecen banquetes y encuentro caras sonrientes»[27].

Los informes de la embajada sobre la situación son constantes, tanto que ellos mismos asumen que «las reiteraciones sobre las abrumadoras condiciones de España son monótonas». Cada nota o telegrama nos hace ver que la situación no puede ser peor y que la sociedad está al borde del colapso; sin embargo,

22. Las investigaciones realizadas sobre el período en esta provincia no son tan explícitas como los testimonios que ofrecemos a continuación; pensamos que las fuentes históricas empleadas son la clave. EIROA, Matilde, *Viva Franco. Hambre, racionamiento, falangismo. Málaga, 1939-1942*, Málaga, 1995, pp. 104-118 y BARRANQUERO, Encarnación, *Málaga entre la guerra y la posguerra. El franquismo*. Málaga, 1994.
23. PRO/FO371/23168, pp. 85-92, informe 9-10-1939.
24. PRO/FO371/23168.
25. PRO/FO371/23168, pp. 192-194. Memorándum, 17-11-1939.
26. PRO/FO371/23168, pp. 132-135. Informe noviembre de 1939.
27. PRO/FO371/23168, pp. 186-187. Telegrama 17-11-1939.

siempre encontramos alguna aún más dramática y, las revueltas, son siempre inexistentes. Un marinero británico atracado en Algeciras informaba estremecido que la población «hace casi cualquier cosa por una rebanada de nuestro pan blanco», y en cuanto al vestido, hacía notar que «todos parecían harapientos»[28]. En efecto, en la zona de Gibraltar la situación era tan desesperada que «los españoles se llevan las bolsas de comida, y a veces incluso los desechos de los soldados británicos»[29].

La embajada británica recopilaba testimonios de viajeros horrorizados: «para saber lo que es verdaderamente apretarse el cinturón uno tiene que estar en España». La situación era tan dantesca que un informante inglés de Huelva dudaba si la embajada creería lo que veía: «me pregunto si se creerá que la gente está comiendo nada más que bellotas y castañas, e incluso estas son muy escasas y caras». Otro viajero de Lisboa se refería a la «verdaderamente espantosa y catastrófica hambruna de España». El hambre era tal que «un burro cayó muerto en Campillo [Huelva] el otro día, y la gente comenzó a pelear para conseguir una pieza». Y por supuesto, las clases bajas sufrían las peores consecuencias: «en algunas localidades los famélicos pobres están comiendo perros y gatos, que roban cuando tienen la oportunidad». En definitiva, la fotografía de España a ojos de los viajeros era estremecedora: «España era horrible, tan pobre y tan hundida, la gente parecía azul y hambrienta»[30]. Insistimos: la situación llegó a ser mucho peor de lo que habíamos creído hasta ahora.

En noviembre de 1940 la situación se veía agravada en Barcelona: se acusaba una mayor escasez –aún– de alimentos; pero a la vez, el régimen estaba persiguiendo el estraperlo, vía básica por la que se complementaban los pobres racionamientos ofrecidos. De esta forma, era «imposible obtener lo básico para vivir». Mientras tanto, el ejército era tratado preferentemente, recibiendo alimentos incluso en los tres días en que no se suministró racionamiento a la población[31]. El régimen franquista sabía gestionar el problema del abastecimiento, repartiendo el hambre de forma discriminada entre sus apoyos sociales. Mientras tanto, miraba hacia otro lado, achacaba la situación económica a las destrucciones de las «hordas marxistas», a la coyuntura internacional y, novedad, a las desgraciadas epidemias. En efecto, un británico llegado de España a Tánger hacía saber que la «epidemia de tifus está siendo exagerada por las autoridades españolas para ocultar la verdad»: que los españoles pobres estaban muriendo de hambre[32].

La desnutrición dejaba secuelas en la población. Estampas tan tristes como la descrita por un corresponsal de la embajada en Huelva: «pagamos a una mujer por limpiar el gallinero todos los días, pero la pobre alma difícilmente puede caminar, no ya trabajar, por la falta de comida. Algunos hombres apenas pueden

28. PRO/FO371/24509. Informe 29-10-1940.
29. PRO/FO371/24509. Informe 18-11-1940.
30. PRO/FO371/26890, pp. 40-50. Informe sobre las condiciones económicas de España, 1941.
31. PRO/FO371/24509, pp. 15-29. Informe 5-11-1940.
32. PRO/FO371/26891, pp. 85-86. Telegrama, 22-9-1941.

sostenerse en pie... y deben ir a trabajar o no conseguirán dinero... aquí no hay caridad ni asistencia social»[33]. En esa misma provincia se daba noticia de que los «hombres abandonan el trabajo por debilidad y se alimentan a base de tomates para guardar el pan para sus hijos»[34]. El director de las Minas de San Miguel (Almería) revelaba en 1941 que la extracción de mineral se había reducido a muy pequeña escala debido a la falta de carbón y «a debilidad de los hombres debido a la malnutrición». Desde Mahón el vicecónsul inglés comunicaba que «la clase trabajadora tiene serias dificultades para continuar trabajando»[35]. Los obreros de los muelles de Sevilla también se veían afectados: la carga y descarga de los barcos no podía «ser efectuada con la misma rapidez que antes»[36]. Con una sociedad en estas condiciones, no tiene sentido que nos preguntemos por la oposición al régimen. Era imposible.

La peor secuela del hambre era la muerte. La historiografía ha hecho referencia a este fenómeno, la mayoría de las veces recurriendo a la memoria colectiva[37]. Sin embargo, en las fuentes del Foreign Office no es difícil encontrar referencias explícitas a los fallecimientos por inanición. Otra prueba de que la situación era más crítica de lo que el franquismo reconocería.

En 1940 el vicecónsul de Almería afirmaba que «la inanición en esta ciudad es una realidad de la que soy testigo todos los días»[38]. Un teniente-coronel británico que visitó las comunidades inglesas del sur de España, advertía sobre el problema de la comida y sobre las «numerosas muertes por inanición»[39]. En 1941, un viajero portugués lo hacía extensivo a toda España: «grandes grupos de población se están muriendo de hambre o al borde de la inanición»[40]. En Sevilla «un gran número de muertes» tenían lugar en los hospitales por malnutrición e inanición; pero también había «casos certificados de personas muriendo en las calles por hambre»[41].

Descubrimos la verdadera situación del franquismo en sus primeros años. Pero no fueron los únicos: en 1946 la situación en Madrid y Barcelona había mejorado relativamente; no así en zonas del sur, donde todavía persistían los «signos de desnutrición entre la población pobre», mientras que en Málaga

33. PRO/FO371/24509. Informe 26-12-1940. La caridad, representada por el Auxilio Social ha sido interpretada como una herramienta de control social: JARNE, Antonieta, «Niños «vergonzantes» y «pequeños rojos». La población marginal infantil en la Cataluña interior del primer franquismo», *Hispania Nova*, n.° 4 (2004) y CARASA SOTO, Pedro, «La revolución nacional-asistencial durante el primer franquismo», en *Historia Contemporánea*, n.° 16 (1997), pp. 98-140.
34. PRO/FO371/24508, pp. 192-193. Memorándum 9-9-1940.
35. PRO/FO371/26890. Informe sobre la escasez en España, 1941.
36. PRO/FO371/26890, pp. 71-72. Informe 8-2-1941.
37. Los jornaleros cordobeses recordarían los años del hambre: «en todos los pueblos cuentan de los cadáveres inflados recogidos en las calles». MARTÍNEZ ALIER, Juan, *La estabilidad del latifundismo*, París, 1968, p. 98.
38. PRO/FO371/24508. Informe 6-12-1940.
39. PRO/FO371/24509, pp. 93-97. Telegrama 20-9-1940.
40. PRO/FO371/26890, pp. 40-50.
41. PRO/FO371/26890, pp. 71-72. Informe sobre las condiciones en el distrito de Sevilla. 8-2-1941.

todavía encontramos «muertes por inanición en algunas zonas». Pero a pesar de todo y del duro invierno el pueblo español «ha conseguido de alguna forma reunir con esfuerzo la suficiente comida para sobrevivir»[42].

Todos los testimonios coinciden en afirmar que los más afectados eran las capas populares, mientras que las clases altas y las autoridades se lucraban con el estraperlo y la escasez ajena. Ante un régimen dictatorial, que controlaba y gestionaba el siempre insuficiente abastecimiento de alimentos, pero también la persecución del pequeño estraperlo, única y forzada salida a la muerte por inanición, la oposición era imposible.

Los informes sobre el problema alimentario están centrados sobre todo a comienzo de los años cuarenta. Como sabemos, ese período coincide con el momento en que la represión fue más feroz y brutal. En la segunda mitad de la década, pese a que hubo años de tremenda penuria económica, la situación alimenticia no fue tan extrema como en los primeros años del régimen. No por ello, desde luego, podemos calificarla como satisfactoria. Veamos rápidamente algunos casos.

En 1946 la distribución de las raciones, siempre insuficientes, era irregular, y en algunas pequeñas ciudades del país no habían recibido ninguna ración desde hacía seis semanas[43]; en Cataluña eran «casi inexistentes», y la ración de aceite de diciembre no fue distribuida[44]. Pero en el sur la situación era siempre peor: en la zona de Málaga la escasez de trigo llegó a ser tan acusada que se estaban importando «semillas para pájaros desde el norte de África para su uso como impureza en la elaboración de la harina»[45].

En marzo de 1948 la embajada británica en Madrid tenía acceso a un informe confidencial del secretario del Consejo Superior de la Cámara de Comercio sobre la alimentación nacional. Se calculaba que la alimentación mínima requerida por un español estaría en torno a 2.000 calorías al día; teniendo en cuenta las raciones oficiales y la compra de otros productos en el mercado negro, existió un déficit de calorías que iba del 20 por 100 en febrero a más del 15 por 100 en agosto de 1947. En 1948 se calculaba que la media de calorías consumidas por los españoles no sobrepasaba las 1.650. Sin embargo, en 1946 la situación había sido aún peor, ya que la media estaba alrededor de las 1.430 calorías, lo que significaba un déficit en cuanto a lo mínimo requerido de un 28,5 por 100[46].

Al final de la década la situación continuaba. Un ingeniero de minas británico informaba en 1949 que «en España la situación parece ser cada vez peor». Su descripción de Málaga presenta el panorama desolador de todo el período: «Conozco Málaga desde 1932. Nunca he visto tantos mendigos y no he visto sus transportes, tranvías, autobuses y taxis en tan mal estado. El pan es escaso

42. PRO/FO371/60377. Informe 4-6-1946.
43. PRO/FO371/60411. Informe 1-1-1946.
44. PRO/FO371/60411. Informe 16-1-1946.
45. PRO/FO371/60411. Informe 13-2-1946.
46. PRO/FO371/73342. Informe 8-3-1948.

y de malísima calidad. En Torremolinos hablé con muchos pobres. Era siempre la misma historia de hambre y paro»[47].

Pero la tragedia tenía que comenzar a llegar a su fin. En 1950 encontramos las primeras noticias de una mejora en la situación. Aunque todavía se apreciaban «considerables dificultades y malnutrición entre las clase más pobres, [...] en ninguna parte del país, salvo en ciertas localidades de Andalucía, se ha observado una extendida desnutrición». Las clases más humildes eran las más afectadas, ocupando las provincias andaluzas un papel protagonista. Lo peor había pasado; aún en esa situación, no se percibían indicios que pusiesen «en peligro al régimen»[48].

Paulatinamente se fueron recuperando los niveles agrícolas de preguerra. En 1952 desaparecen las cartillas de racionamiento. Pero hasta el final de sus días, el régimen jugó con el hambre como un elemento de control sobre la población. En noviembre de 1951, con motivo de las elecciones municipales, por prensa y radio se anunció que el que no participase en la votación no le sería renovada la cartilla de racionamiento[49]. Hambre y represión fueron unidas. Pero también, paradójicamente, el hambre y la estabilidad del régimen del general Franco.

En conclusión, percibimos a una España famélica, desnutrida, desesperada. O al menos las clases populares. Los adictos al régimen disponían de mecanismos para sortear las desgracias con más facilidad. Ante esta crítica situación, ¿por qué permaneció estable –y se consolidó– el franquismo durante los años cuarenta? La brutal represión, los apoyos sociales del régimen, los jugosos beneficios de las clases más acomodadas mediante el estraperlo o la arbitrariedad del sistema económico, o la eficaz propaganda de un régimen que hacía sempiterno el recuerdo de la guerra civil, quizá puedan responder a ello. Pero, en todo ello, puede ser también ilustrativo reflexionar sobre el estado de ánimo de la población, sobre todo de los más descontentos, las clases desfavorecidas. Disponemos de una descripción del Madrid de 1940:

> «Lo que me deprime más es el aspecto de la gente pobre... ahora todo ha cambiado. La guerra parece haber roto el corazón de la gente. Hay una atmósfera de resentido sufrimiento, pero en mi opinión, esto es sobre todo debido a la falta de comida. Es muy común ver hombres, mujeres e incluso niños caerse en las calles desmayados por falta de comida. En algunos lugares uno se queda marcado por escenas de niños muriendo de hambre. [...] No puedo entender por qué no hay una forma mejor de distribuir la comida [...] Las cartillas de racionamiento no aseguran al pobre lo necesario para mantener juntos cuerpo y alma»[50].

En este contexto desolador, desarticulada cualquier posibilidad de asociación, callado el disenso con las armas, las torturas, la coacción –pero también el hambre–, la mera intención de oposición al franquismo era una quimera

47. PRO/FO371/79721. Informes 5 y 21 de agosto de 1949.
48. PRO/FO371/89480. Informe de enero de 1950.
49. PRO/FO371/96154. Resumen mensual de noviembre de 1951.
50. PRO/FO371/24509, pp. 72-88. Memorándum del profesor Starkey. Noviembre de 1940.

inalcanzable. El régimen comprendió desde el principio que en su aparente debilidad contextual, la desesperada situación económica de las clases más desfavorecidas, estaba su verdadera fuerza. Tan sólo le bastó con gestionar el abastecimiento de la población, sometiéndola a su control directo y acercándola a la frontera entre la vida y la muerte.

3. ENFERMEDADES

El problema de la vivienda, el hacinamiento de parte de la población en cuevas o la extensión del chabolismo, dará lugar a una falta de higiene. Paralelamente, la carencia de medicinas o de los más elementales medios médicos será casi total. Además, la tremenda escasez de alimentos descrita y la incapacidad del «Nuevo Estado» para alimentar a su población, no hará más que potenciar al máximo la situación. Una población desnutrida y exhausta hará frente, con poco éxito, al frío, la falta de higiene y a la más absoluta carencia de medicamentos. Las enfermedades harán su aparición.

Un buen botón de muestra es la situación de Extremadura en el verano de 1941[51]. Un informe confidencial de las comisiones médicas de la Dirección General de Sanidad reflejaba las condiciones en las provincias de Badajoz y Cáceres. Gran número de personas estaban afectadas por la «pelagra» y por el «edema del hambre». Además, se habían localizado 75 casos de una nueva enfermedad en la ciudad de Castuera (Badajoz), que afectaba a jóvenes de ambos sexos de entre 18 y 25 años y paralizaba sus extremidades inferiores sin ninguna posibilidad de posterior curación.

La población era pasto de las enfermedades por su debilitamiento y desnutrición. En Trujillo y otras localidades de Cáceres la gente llegó a tal grado de desesperación que, durante meses enteros, sólo comieron hierba cocinada con sal. La falta de proteínas, grasas y otras sustancias básicas en la dieta provocaban el debilitamiento. Así, muchas veces las muertes eran resultado no de las enfermedades en sí mismas, sino de la baja resistencia de los pacientes a otras infecciones.

Los relatos ofrecidos son sobrecogedores. Y en ello, el tifus será el elemento estrella. Destaca por encima de todos el año de 1941. El 2 de abril, el embajador sir Samuel Hoare informaba de la aparición de una virulenta epidemia de tifus en Madrid, causando gran preocupación al Gobierno debido a la total carencia de medios para combatirla: «los desinfectantes de cualquier clase están escaseando, incluso los suministros de jabón están acabándose y las fábricas de jabón cierran debido a la falta de materia prima». Constataba la existencia de 1.800 casos, con un incremento diario de 23. La tasa de mortalidad es «excepcionalmente alta»[52].

La fuente diplomática se manifiesta, otra vez, excepcional. Días después, Hoare visita personalmente a un alto cargo responsable de la situación sanitaria.

51. PRO/FO371/26891, pp. 69-71.
52. PRO/FO371/26890, pp. 111-116.

Y constata que la epidemia de tifus no se constriñe a la capital[53]. Se extendía como la pólvora: se contabilizan ya alrededor de 500 casos para toda España. En un mapa sembrado por banderas pudo comprobar que, aparte de Madrid, todos los casos estaban concentrados en Andalucía y el Levante-sur, aunque también había una aislada infección en Lugo. En cuanto a Madrid, lógicamente, los barrios más pobres y humildes eran los más infectados.

Meses después, la situación no se atenuaba. El consulado de Málaga informa el 10 de julio sobre la alarma por la epidemia de tifus que «no muestra signos de disminuir»[54]. La higiene era la primera defensa contra la enfermedad, pero en la España de la autarquía, lo trágico caminaba de la mano de lo histriónico: no es que se careciese de medicinas, sino de jabón. En efecto, «la carencia de jabón nunca ha sido más acusada que en el presente, a pesar del hecho de que hay grandes cantidades de aceite disponibles en el país». Las propias autoridades parecían no hacerse eco de lo crítico de la situación: pese al peligro de contagio en una población famélica, «las corridas de toros todavía están teniendo lugar y no se han dado pasos para cerrar cines u otros lugares donde las multitudes se reúnen». ¿Circo sin pan? Desde luego, la información consular trasluce, por lo menos, una llamativa despreocupación de las autoridades por la situación y por el destino de los más humildes.

Y prueba de todo ello sería el desarrollo de la enfermedad en los meses siguientes. Sir Samuel Hoare informa personalmente a Londres[55]. La situación es crítica. Aunque se suponía que la epidemia terminaría bajo el calor del verano, se había incrementado su extensión, notificándose nuevos casos en esos meses. Hasta entonces en Málaga se habían contabilizado 4.000 casos, aumentando la cifra en 100 casos más por semana. La enfermedad reaparecía en ciudades en las que parecía erradicada: volvía a incidir con más dureza en Extremadura, Andalucía y el Levante-sur.

El peligro no tocaba a su fin. Las predicciones auguraban que, con la llegada del otoño y del invierno, la epidemia alcanzaría «proporciones internacionales». Internamente, Hoare consideraba imposible frenar la situación: «en España hay poca o ninguna organización para actuar contra una epidemia de este tipo»; es más, «los mismos españoles no son compasivos con los sufrimientos de los demás»; la tremenda fractura social de la guerra civil se ratificaba y se ahondaba en los momentos más penosos de la posguerra. Todo ello le hacía afirmar que cualquier esquema de actuación era «impracticable en las presentes condiciones de España».

El gran déficit higiénico y sanitario contribuyó al brutal desarrollo de la enfermedad. Pero la desnutrición también era una causa principal. La Misión Rockefeller había realizado detalladas investigaciones sobre las condiciones de centenares de familias pobres españolas. Los resultados fueron abrumadores:

53. PRO/FO371/26890, pp. 140-141. Casos: Madrid, 310; Murcia, 40; Sevilla, 28; y Almería, 21.
54. PRO/FO371/26891, pp. 5-9.
55. PRO/FO371/26891, pp. 47-52. Año 1941.

los adultos sólo disponían de entre un tercio y un cuarto de las calorías diarias necesarias; y los niños, de un quinto. Según sus conclusiones, las clases más desfavorecidas eran «carne de cañón» ante el tifus. El desentendimiento o incapacidad de las autoridades del régimen para atajar la situación nos hacen cuestionarnos si no sería acertado incluir la variable de las epidemias entre un elemento más de la represión franquista de posguerra.

La lamentable situación, la incapacidad del régimen y la delicada situación del Reino Unido en la II Guerra Mundial en el verano de 1941, hizo que el propio sir Samuel Hoare propusiese a sus superiores tomar cartas en el asunto. La situación era tan alarmante que proponía, incluso para un país pro-eje como España, autorizar la importación de jabón y vacunas. Desde luego, las dimensiones de la tragedia superan la visión que el régimen franquista daría de la misma. Tanto que podía llegar a constituir una factor más que importante en el desarrollo de la Guerra Mundial.

Hoare era consciente que cuanto peor fuese la situación en España, existirían menos posibilidades de su entrada en la guerra y, también, de que Alemania enviase su ejército al país. Pero, a la vez, no veía deseable una «explosión sin precedentes de tifus que empezase en España y que se extendiese a Portugal y de éste a otros países».

La situación era extrema. Y el propio ministro de Economía de guerra se dirige al subsecretario de Estado del Foreign Office, autorizando la concesión «de vacunas y *navicerts* automáticamente sin límite de cantidad». También se acordaba importar a España «25.000 toneladas de materiales para fabricar jabón, a pesar de que España está exportando considerables cantidades de aceite de oliva al enemigo»[56].

No pensamos que tras la ayuda británica se escondiese la esperanza de ganar a España para sus intereses en la II Guerra Mundial. Como sabemos, durante 1940 y 1941 se producen las negociaciones entre las potencias del Eje y España para la entrada de ésta en la guerra[57]. En esa coyuntura, tampoco nos inclinamos a pensar que la ayuda fuese debida a fines humanitarios. Más bien no complicar aún más el escenario en el que se desarrollaba la II Guerra Mundial con la explosión de una epidemia de tifus a nivel europeo.

Por otro lado, el Ministerio de Guerra británico confirma que el régimen de Franco exportaba aceite a Alemania. A la vez, era testigo del azote de la epidemia entre los más pobres. Este cruce de factores refleja una opción deliberada del «Nuevo Estado» por ayudar a las potencias del eje en lugar de asegurar, no ya el desarrollo o bienestar mínimo de su pueblo, sino la mera supervivencia. En definitiva, esta deliberada opción muestra también una represión del régimen hacia las capas más desfavorecidas de la población, llevándolas hasta

56. PRO/FO371/26891, pp. 83-84. Año 1941. Además se fijaba una ración de 500 Tm. de jabón por trimestre para España.

57. PRESTON, Paul, *Franco. Caudillo de España,* Barcelona, 1994, capítulo 16; y HEIBERG, Morten, *Emperadores del Mediterráneo: Franco, Mussolini y la guerra civil española*. Barcelona, 2008, capítulo 14.

el límite de la subsistencia. Las dimensiones de la tragedia pueden escapar fácilmente de la imaginación: no nos referimos a la represión hacia un extenso número de personas con una actuación o ideología política determinada que no era, desde luego, poco; estamos hablando que las numerosas capas más pobres del país, sin distinción de región o provincia, estaban en el punto de mira de las epidemias y, por tanto, de la muerte. Así, asomadas al precipicio de la vida o la muerte, cuestionar al régimen o manifestar algún tipo de disenso, no tendría sentido alguno.

4. CONCLUSIÓN

El «Nuevo Estado» aspiraba a fortalecer, elevar y engrandecer a España, para lo que se plegarían «inexorablemente los intereses de los individuos, de los grupos y de las clases»[58]. Para ello, subordinaría «la economía a su política», poniendo en marcha el modelo económico autárquico[59]. Por tanto, según el espíritu de leyes, decretos y discursos del régimen, el interés individual quedaba desterrado y supeditado al interés de la «Nación». Evidentemente, no fue así.

La política autárquica fue un fracaso por dos motivos: el primero, porque económicamente fue un desastre, no alcanzó sus objetivos y sumió al país en un gravísimo estancamiento económico; y el segundo, porque no cumplió las expectativas que inspiraron al régimen (subordinar el interés individual al nacional). Pero, ¿debemos confiar en lo que el franquismo decía de sí mismo, en cuanto a sus aspiraciones y objetivos? Quizá sea demasiado inocente desde el punto de vista de la interpretación histórica.

La «misión histórica» por la que surgió el franquismo, al igual que otros fascismos, fue estabilizar y fortalecer las relaciones de propiedad capitalistas y asegurar el dominio social y económico de unas determinadas clases sociales que, durante el período republicano, se sentían amenazadas[60]. Desde este punto de vista, la política autárquica fue un éxito total. Estudiando el modelo autárquico en función de su «eficacia de clase» y no por su «eficacia económica»[61], comprendemos que fue una pieza más, fundamental, en la misión social del régimen franquista y en la creación y mantenimiento de los apoyos sociales que lo perpetuaron durante los críticos años de posguerra[62]. La racionalidad política, al final, estuvo por encima de la racionalidad económica.

58. Punto 1 del Decreto de Unificación de Partidos, de 19 de abril de 1937 (BOE 20/4/1937).
59. Fuero del Trabajo, preámbulo.
60. CASANOVA, Julián, «La sombra del franquismo: ignorar la historia y huir del pasado», en CASANOVA, Julián (*et alii*), *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Madrid, 1992, pp. 24-25.
61. Este análisis ha sido sugerido por GARRABOU, Ramón, «Políticas agrarias y desarrollo de la agricultura española contemporánea: unos apuntes», *Papeles de Economía Española*, n.º 73 (1997), pp. 146-147.
62. DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel, *Las alas del ave fénix. La política agraria del primer franquismo (1936-1959)*, Granada, 2005, p. 298.

Y en efecto, así fue. Mientras que un grupo de españoles se enriqueció notablemente y a veces con una publicidad notoria[63], la mayoría de la población se vio sujeta a unas penurias económicas sin precedentes en el siglo XX. Pero las nuevas fuentes analizadas nos hacen sugerir diversas conclusiones finales en cuanto a la situación económico-social de las clases bajas del primer franquismo.

En primer lugar, pensamos que la situación fue mucho más trágica de lo que el franquismo nos ha dejado ver hasta ahora. Los informes diplomáticos están constantemente salpicados de comentarios estremecedores sobre la desnutrición de la población, al acecho de las enfermedades y, por supuesto, a muertes por inanición.

En segundo lugar, aunque el régimen era perfectamente consciente de lo que sucedía, no sólo no varió su política económica, sino que centró su atención en temas como la política internacional o la mera imposición de sus ideas económicas. Alimentar a los españoles pareció ser algo secundario.

Y en tercer lugar, en los testimonios británicos se deja sentir la opinión de las clases más bajas hacia el régimen y su política. Como no podía ser de otro modo, detestan los mecanismos intervencionistas, las exportaciones de alimentos a Alemania o los privilegios de unos grupos sociales. El descontento es un hecho.

Ante este estado de cosas, ¿por qué no existió una oposición «desde abajo» al régimen de Franco? La población consideraba injusta la política autárquica; pero a la vez, vivía momentos extremos, estaba exhausta. Paralelamente, se veía atenazada por una represión y un control social extremo. ¿Cuál fue la salida?

Explicar el comportamiento humano no es fácil, y menos el de unas clases sociales tan castigadas. El modelo del comportamiento humano está más próximo a un sistema de estímulo-respuestas que a una elección entre alternativas. La racionalidad humana opera dentro de los límites de su medio ambiente psicológico: en el caso del franquismo, el hambre, la represión y el terror. Y es este medio ambiente el que impone al individuo una selección de los factores sobre los que debe basar sus decisiones[64].

Así, el régimen franquista modeló y controló el medio ambiente económico y social que permitió, no sólo dirigir la elección de los más oprimidos, sino también socializarla. Y la opción estuvo clara: sobrevivir. Es absurdo pensar en metas o fines lejanos. Las elecciones del ser humano vienen determinadas por una racionalidad limitada, que está condicionada, pero que a la vez busca satisfacer necesidades *a priori*, y no a largo plazo[65].

Ante una situación adversa, se toman opciones de adaptación, que aunque nos pueden parecer faltas de sentido, están llenas de él: la oposición al régi-

63. Un ejemplo extremo en SÁNCHEZ SOLER, Mariano, *Los banqueros de Franco*, Barcelona, 2005. Los casos de los ministros Canceller y Arburúa son sobresalientes.

64. SIMON, Herbert A., *El comportamiento administrativo. Estudio de los procesos decisorios en la organización administrativa*, Buenos Aires, 1982, p. 104.

65. SIMON, Herbert A., *Naturaleza y límites de la razón humana*, México, 1989, pp. 49-50 y 97-101.

men de las clases más modestas pasó fundamentalmente por una «resistencia cotidiana» y silenciosa frente a la política autárquica, entrando a participar en el mercado negro y adoptando otra serie de prácticas que posibilitasen su supervivencia[66].

Desde el momento que gran parte de la población más castigada y desfavorecida por la situación socio-económica optó por esta elección racional, intentar sobrevivir, la estabilidad del régimen franquista estaba asegurada. De este modo, y de forma paradójica, las críticas condiciones socio-económicas vividas durante el primer franquismo, fueron un elemento más que contribuyeron a la solidez y continuidad del régimen franquista.

66. SCOTT, James, *Everyday forms of peasant resistance*, New Haven, 1984; y «Everyday forms of peasant resistance», *The Journal of Peasant Studies*, vol. 13, n.° 2 (1986), pp. 5-35.